

## V. Tuvimos que empezar desde cero

**Antonio:** Si nos vinimos aquí, a Barcelona, fue buscando un puesto de trabajo. Llegamos el año 65, yo tenía entonces 30 años.

**Vicenta:** Yo me vine con 24. La Antonia tenía entonces siete. Otros habrán pasado más que nosotros, digo yo, pero lo nuestro ya está bien...

**Antonio:** Todo parte de que yo, en el 62 estuve aquí en Granollers buscando trabajo. Después en el 64 me vine a trabajar a la Vall d'Aran, haciendo las centrales eléctricas esas que se hicieron allí. Pero se me terminó el trabajo, y tuve que volverme... ¡madre mía!

Después vine solo otra vez, dejando allí a la Antonia y a la Vicenta, y me coloqué en Girona con un *pagès* para recoger fruta. En una ocasión parece que se le vino toda la fruta encima. Habíamos quedado que el domingo hasta el mediodía trabajaríamos y que por la tarde no se haría nada. Pero como tenía tanta fruta encima, quiso que también trabajáramos el domingo por la tarde un par de horas.

— Bueno, pues me las paga usted. Yo estoy aquí para esto. Si además del trato que tenemos, usted quiere dos horas más, pues me las paga.

— No se las puedo pagar. Además, para esto está usted aquí.

— Pero no para trabajar de balde. Si a partir del mediodía salgo, debe pagarme las dos horas.

— No. Al terminar os llevaré al cine con mi coche, y si no te parece bien, ya sabes, al despido.

Y no trabajé. Pero los otros dos chicos que habían, se las trabajaron porque el miedo al despido era grandísimo. Y así el que quedó en evidencia fui yo.

Y al terminar, el tío los cogió en su coche y ¡cataclán!, se van los tres al cine de Girona. Les pagó el cine, pero las horas no se las pagó y asunto terminado. Y al otro día va y me dice:

— Antonio, tú no enganchas en el trabajo, estás despedido.

— Pero, hombre, —le digo yo—, usted debe echar cuenta que me tiene que avisar una semana antes.

Se fue a un abogado de aquí de Barcelona, y al subir me dice:

— Pues, bueno, echas una semana más, pero el sábado estás despedido.

— Pues, ¿sabe usted lo que le digo? Que me voy ahora mismo. Porque yo, porque yo... lo único que tengo que pedir, es que si ustedes fuisteis por mí a la estación, que me llevéis allí.

Cogieron el coche y me llevaron, sí, sí...

**Vicenta:** Y se iba sin trabajo, sólo por amor propio, por no dejarse pisar.

**Antonio:** Cuando nos vinimos en el 65, tampoco tenía faena. Pero ya a los pocos días encontré trabajo de peón aquí en Barcelona a dieciocho pesetas la hora. Era una empresa chicuela. Arrimando tochos yo abajo y los paletas en lo alto del andamio. Trabajo a destajo y de peón ¡maturrala! Estuve allí tres semanas y me fui a otro sitio que pagaban veinte la hora. También fui de peón.

**Vicenta:** Me acuerdo de una Navidad de aquellas. Antonio había estado en una obra que habían terminado. Otra vez andaba parado y sin trabajo. Y un hombre de aquella obra nos vió en la gran necesidad que estábamos y nos dio una cesta, con pollo, con turrón, con champán... Bueno, yo qué sé... Aquello, aquello fue más que una alegría. Fue una cosa que no sé ni decirlo, como que cae del cielo. ¿Cómo era posible que alguien se acordase de nosotros? Son cosas que se te quedan. Creo que fue en el año 68, que yo ya estaba de la Vicenta.

**Antonio:** Yo trabajaba en la Samsó. Me despidió el prestamista porque sobraba mucha gente. Y me quedé buscando trabajo de *paleta*, pero me decían que no y que no, porque había la crisis. O sea, que yo iba de una parte a otra. Yo me salía de aquí por la mañana y no venía hasta la noche, buscando trabajo de un sitio para otro. En ninguno querían a nadie.

Un día me fui más para abajo de la Seat y me dijeron:

— Lo que necesitamos son peones.

— Pues yo me quedo; yo trabajo de *paleta*, pero me es igual: haré de peón.

— ¿Cuándo quiere enganchar?

— Ahora mismo, si usted quiere.

— Pero es que no es aquí, es en Can Serra.

— Pero si yo vivo allí y allí he preguntado y no me daban trabajo.

Me mandaron al reconocimiento y al día siguiente ya empezaba. Y pusimos los bordillos de la carretera, y la escalera esa grande del bloque H, la que va de un bloque a otro; la hicimos picando otro y yo, hicimos la cimentación, el encofrado y todo.

**Vicenta:** Como la Vicentita entonces ya tenía tres meses, la Antonia iba al colegio Can Bori por las mañanas y al volver a las doce, se quedaba con la Vicentita y yo me iba a Barcelona a dar horas. Y Antonia por la tarde perdía el colegio. Antonio estaba aquí en las aceras, y al encargado le había dicho: «Mire usted...»

**Antonio:** —Oye, —le dije—, que yo tengo una niña de unos meses que de vez en cuando tendría que ir a verla ¿qué te parece?

Era un buen hombre y me dijo que sí. Entonces subía yo aquí, cambiaba a la niña, le daba el biberón y ya se quedaba la Antonia con ella. Yo me volvía otra vez a la obra.

Y Antonia, la pobre, pasó unas semanas... La verdad que nos volvíamos locos, locos perdidos, esa es la palabra. Porque ella le decía a la maestra a las doce menos cuarto:

— Señorita, que yo ya me tengo que ir, porque tengo que cuidar a mi hermana.

— ¿Y qué le pasa a la mema de tu hermana? —le decía la señorita.

Y cuando se retrasaba un poco, yo ya tenía unos nervios que me estallaban. Si llegaba a las doce y cinco o algo, y la chiquilla no venía, yo ya salía en busca de ella e igual le pegaba o yo que sé. Es que nos íbamos a volver locos.

A la Antonia le pegamos en aquellas fechas unos porrazos, que...

**Vicenta:** ¡Muy mal pegados! Ya lo hemos comentado con ella. Me dice:

«Entre aquella señorita y usted, hay que ver lo que me hicieron sufrir. ¿Por qué me tenía que decir «la mema de tu hermana?»»

¿Y yo que sé cómo actuaba aquellos días? Estallaba, no actuaba por mí misma, ni como persona. Agotaditos estábamos. Y yo llevaba además lo de la panadería. Porque cuando llegué me puse de faenas en una panadería que encontré, porque yo me decía: «¡Huy!, esto de faenas cada día no lo puedo ya dejar aunque me deje la piel aquí, ¡eso es una ganga!» Veinte duros cada día que me daban. Pues sí, sí, allí estuve por dejar la piel, y ¡tanto que la dejé!

«Panadería Valdri» que se llamaba, en la calle Londres, junto a Infanta Carlota. Gente de muchos golpes en el pecho y de mucha iglesia. Todos los santos viernes del año allí no se probaba nada de carne, ni pollo ni nada, sino pescado y arroz hervido. Lo menos tres años estuve allí a veinticinco pesetas la hora.

Y yo digo una cosa: hoy soy Vicenta, la mismítica que entonces, pero hoy no aguanto lo que en aquella época aguanté, por falta que tuviera. Ya digo que puedo estar con hambre, pero aquellas barbaridades que me llegaron a hacer hoy no las toleraría, porque ya veo las cosas de otra manera.

**Antonio:** Es que a Vicenta la tenían ya comida de tal forma, que yo le decía: «Deja la panadería y que les den morcillas ¡caray!» Si es que les tenía miedo a aquellas señoras. La tenían cohibida de tal manera, que es que ya no podía. Y yo diciéndole: «Vicenta, deja la panadería» Y ella que no y que no.

**Vicenta:** Porque yo decía: «Entre lo que allí me dan, y los pocos duros que me iba corriendo yo en otras casas de faena, dos allí, cuatro allá y tal... pues, no sé, —me decía—, yo también apporto algo»

**Antonio:** Pero yo la cuenta que me hacía —y mira que se lo dije a Vicenta muchas veces—, era: «Yo trabajando en una empresa de esas tantas de Barcelona, me llego a viejo y me jubilo, y algo recogeré ¿no? Así que tú no aguantes con esas señoras ya más ¡que puñetas!. Nosotros lo que estamos haciendo es dejar que nos machaquen vivos, y lo nuestro es más importante; debemos seguir y tirar adelante.

**Vicenta:** Es que, por ejemplo, esos señores, que tenían su nevera y todo ¿no podían darme siquiera un vaso de agua fresca? Siquiera en el mes de agosto. Yo tenía que meterme en un lavaderucho y como de escondidas comerme lo que llevaba. Muchos días no tenía ni gana. Y me dice Antonio un día: «Mira, te compras una coca-cola y tenla allí, y tú te bebes un poco, porque así en seco no puede ser» Pues tenían el alma de dejármela metida en la pila de lavar; porque en un día no me la bebía toda, me bebía la mitad. Y no eran capaces de decirme: «Pues métala usted en la nevera para que la encuentre en condiciones».

Y a veces yo no podía llevarme mi pan, y les pedía un *llonguet*, nada, un bollito de aquellos de dos cincuenta. Y cuando estaba la cuñada —porque eran un hermano y dos hermanas solteras las que la llevaban— a veces me decía: «¡Va Vicenta! llévase y coma tranquila, y no me dé el dinero», pero si estaban las solteras me lo cobraban.

**Antonio:** Esta lloraba...

**Vicenta:** Y ¿cuál fue la manera de librarme de la panadería? Pues fue que me quedé en estado de la Vicenta, y ya no era nada más que devolver y marearme en los carruajes para acá y para allá, y entonces ya...

**Antonio:** Muchas veces la tuvieron que traer aquí. Y una vez se mareó en el tranvía.

**Vicenta:** ... me caí en el tranvía. Una señora me sacó y me tuvo allí tumbada un rato, luego me puso en un taxi y me trajo aquí, y entonces ya dejé la panadería. La verdad es que aquello me sirvió, porque luego, cuando ya nació la Vicentita, me fue fácil encontrar faena otra vez, de mujeres que venían allí a por el pan y me veían cómo estaba allí planchando, con la lejía y con lo otro, y, ¡claro! ellas mismas se daban cuenta de cómo trabajaba. Y me salieron yo que sé las casas ¡que yo no podía ir a más!

**Antonio:** Las señoras de Barcelona estaban algunas acostumbradas a que las mujeres les fregaran el suelo y lo besaran para poner luego el pie encima...

**Vicenta:** No tanto, pero sí que les gustaba mucho que estuvieras recién llegada del pueblo. Era lo que te preguntaban, y a ver de dónde venías, porque sabían que así te cabestreaban más fácilmente de aquí para allá, como a un borrego, por la necesidad que llevabas.

**Pastora:** Yo me vine de Sevilla aquí el año 62, a los quince años. Entonces el asunto del trabajo no estaba mal del todo. Se encontraba. Pero lo de la vivienda sí que no tenía solución. Eramos tres mujeres así que nos pusimos a servir las tres, mi hermana, mi madre y yo, cada una en una casa, y de este modo solucionamos el problema. Nos veíamos de domingo en domingo, en que nos reuníamos en casa de una parienta de mi madre.

Yo me fui a servir a una casa en que eran 12 de familia. El era abogado, pero tenían mucha hambre. Me acuerdo que te daban un bollo de pan al día con la cartilla de racionamiento, pero a mí sólo me daban medio y muy poca comida. En aquella casa a todas horas estaban hambrientos. Estuve allí poco tiempo porque se lo dije a mi madre y dijimos de buscar otra casa.

Entonces, encontré una casa de unos nuevos ricos, y allí había comida de sobra, pero la educación no la conocían. El abuelo era *pagès* e iba siempre con una bota de vino a la espalda y unas alpargatas con tiras negras, como las de los payeses. Su yerno había puesto varias fábricas textiles al acabarse la guerra y en poco tiempo había ganado mucho dinero.

Por eso su mujer se iba a Barcelona y se compraba vestidos, y todo lo que se le antojaba. Y cada vez que volvía a casa tenían una pelea, o se gritaban y discutían.

Yo, ese ambiente no lo podía soportar. Cada uno te mandaba una cosa, pero todo a lo loco.

Buscando otro sitio, un amigo me habló de unos señores de Igualada, y allí estuve durante varios años. Eran catalanes.

La mujer era buenísima, muy buena, era estupenda, pero ella era la señora y yo la criada; o sea, era como una escoba. Un día me dijo: «Hoy vamos a comer al campo», y yo contesté «Sí». Pero me dijo: «No, no, pero usted no viene». A una persona de 15 o 16 años que yo tenía aquello le tiene que sentar muy mal, y a mí me sentó muy mal. Así que le dije: «Sí, ya sé, ya sé, señora, que yo aquí en esta casa soy igualito que una nevera o una lavadora. Que vaya, que soy una máquina de fregar o de trabajar, pero no una persona»

Yo en mi pueblo no tuve que servir, pero aquí sí, como casi todas las que hemos venido de fuera. Aquí sí he tenido que quitar mucha «roña» a las catalanas... ¡y encima quieren que hable el catalán! A mí las catalanas bien poco me han dado; explotarme sí, todo lo que han podido, pagarme cuatrocientas

pesetas al mes para todo el día, y se acabó. ¿Cómo quieres que diga ahora mis hijos que aprendan el catalán?. ¡Anda!

Finalmente, otra amiga me dijo que había venido un matrimonio de Madrid que eran maestros nacionales y buscaban sirvienta. Fui a hablar con ellos y era un matrimonio muy simpático. Sólo tenían una niña pequeña y yo decidí quedarme en su casa.

Después, cuidaba de la niña cuando ellos se marchaban al colegio, hacía la compra, la comida y cuidaba de todo. En aquella casa me encontraba tan a gusto que ya no quise buscar trabajo de fábrica.

A pesar de todo, yo prefiero trabajar aquí que allá, en Andalucía, puesto que aquí por lo menos te tratan de usted y con un poco de educación. Nunca he permitido que nadie me faltara al respeto. Les he dicho que «yo era tan señora como ellas», y que porque yo vaya a fregar suelos no quiere decir que sea una cualquiera. Yo la criada y usted la señora, no. Yo la escoba y usted a la cosa, no.

**Antonia:** Yo, en cambio, llegué aquí a los 12 años y enseguida me llevaron a trabajar a Terrassa, a un fábrica. Bueno, no: era como una casa particular donde hacían cepillos de pelo de cerdo. Nos venía el material con la piel de cerdo y lo metían en un líquido muy fuerte y nosotras, todas chiquillas que allí estábamos, teníamos que pelar todo aquello con unos peines de hierro y quitarle toda la porquería. Yo un día dije: «No hago más esto». Es que te removían las tripas de coger los pelos, alargarlos y liarlos con un hilo, y después se ve que lo ponían a secar. Cuando ya estaba seco, otra vez se tenía que rascar, se gavillaba y se hacían con unos rodales... Lo teníamos que limpiar las chiquillas con 12 años que teníamos, en vez de llevarnos al colegio los padres.

Cuando me marché, hasta vinieron a buscarme los dueños a casa, diciendo que me darían otra clase de faena, pero ya no podía ser.

Luego estuve con una prima mía que vivía en Barcelona y tenía una carnicería. Ella estaba en la carnicería y yo tenía que hacerle de criada, con trece años. Tenía que cuidar de los dos críos, ir a la plaza, hacer la comida, llevar los paquetes de carne; ella me pedía que cogiera el tranvía y yo me perdía porque no sabía ni leer ni escribir ni nada. Siempre con miedo...

Y de allí me trajeron porque me puse enferma. Cogí reuma en el corazón, seguramente de tanto padecer. Entonces fue cuando se inventó la penicilina, y me parece que fui de las primeras personas que la tomó. Creyeron que me iba al otro barrio, pero la penicilina me salvó.

Hasta los 17 años estuve en una fábrica de la calle Rodés, en Radio Invicta, Lucarda. Trabajaba a gusto, pero luego no hubo faena; hubo muchos conflictos; entró un director italiano y echó a mucha gente.

Entonces despedían a quien quisieran y no estaban permitidas las huelgas. Nos fuimos a Sants con un señor de la empresa, pero aquello fracasó; y de allí me fui a trabajar a Cornellà, a la Siemens. Allí he trabajado muy a gusto seis años y medio.

Aquí en Hospitalet eran unos tiranos de miedo, te vigilaban constantemente, era una cosa horrible. En cambio en la Siemens teníamos un preparador que era una bella persona. Estaba yo enferma del riñón, que tuve una piedra y me daban tales ataques que al final —antes de operarme— no podía ni trabajar. Iba como coja porque no podía ni andar, y el preparador, el pobre, se hacía

cargo. A lo mejor le decía: «Mira, me voy al water, porque es que...» Había unos tubos que pasaba la calefacción y yo me arreglaba con la calefacción para aliviarme. Y a lo mejor él me decía: «Sí, ve un rato, ve» cuando venía me ayudaba a sacar la faena, porque íbamos controlando el agua.

Después de casada ya no he trabajado. Debía haberlo hecho, pero porque entonces teníamos la hipoteca del piso y de los muebles. Pero los hombres se empeñaban antes en que las mujeres no trabajaran. Decía que si yo trabajaba no nos casábamos. «No, no, si trabajas no nos casamos. Y yo: «Bueno, pues como tú quieras...»

A lo mejor todos no son igual. Es que él tenía una hermana que le ayudaba con las faenas y lo veía muy mal eso de que yo marchara a trabajar.

Luego, tuve un hijo, el primero lo tuve muerto y después tuve otro mucho en casa, no había nada que hacer. Así que sin que él lo supiera fui para Sants para ver si tenían faena, a ver si les había dado por ponerme a hacer algo, para ir a trabajar unas horas, sólo por distraerme un poco. Pero la mujer todo el día sola en casa se vuelve neurasténica. Pero como ella no me encontró nada, me puse a coser algo en casa, porque siempre me gustaba mucho hacer labor. Luego ya tuve el crío y la cría y ya fue diferente.

**Dora:** Yo me coloqué en un colegio de Sarrià que se llama de Jesús María. Lo llevaban unas monjas.

Eramos 25 o 26 chicas de mi edad, de 12 años para arriba. Dábamos unas horas de clase por la tarde a cambio de limpiar los comedores, poner la mesa de los colegios de las niñas ricas, para servirles la comida y limpiar los platos.

Mi hermana Carmen se vino antes y estaba sirviendo en una casa de una señora que aparte de ser rica tenía un poco de compasión por la gente pobre. Ella me contó lo que nos pasaba y como estábamos y la señora le dijo que nos trajera y que ella hablaría para que nos aceptaran en el colegio. Pero ella no vino también vino, pero ella era demasiado pequeña y no la quisieron. La señora la tuvo en su casa hasta que pudimos mandarla al pueblo. No querían porque no podía todavía fregar ni hacer nada de eso, y a pesar de eso nos contamos lo que nos pasaba, que se había muerto nuestra madre y que no la quisieron. A mí sí, porque era mayor y podía hacer de todo.

Nos levantaban a las 6 de la mañana y teníamos que fregar toda la casa que era inmensa, pasillos y escaleras y tenerlo todo a punto para cuando venían las ricas. Luego les servíamos el desayuno y después por la mañana nos quedamos ellas estaban en clase, lavábamos la ropa de las internas. Recuerdo una vez que llevaba una canasta de ropa que no podía con ella y se me cayó encima de aquellas monjas me regañó y me pegó.

Al mediodía les preparábamos la comida. Yo ponía un comedor de 5 cubiertos por mesa. Aquel comedor lo arreglábamos nosotras, nosotras los platos, lo fregábamos, lo barríamos.

Por un lado nos fue bien, porque nos daban la ropa y nos daban de dormir en habitaciones muy grandes y cambiaban mucho las sábanas, pero, por el otro, recuerdo que había cosas que resultaban ser una injusticia para nosotras. Las chicas ricas nos llamaban sirvientas. Ellas iban muy bien con unas bandas, mientras que nosotras no querían que el uniforme fuera ni ceñido, así que era abierto de arriba abajo y nada más. Cuando las niñas se les caía un tintero de tinta, lo más normal hubiese sido que

se lo hicieran recoger a las que lo habían tirado, pero no era así. Nos llamaban por el altavoz, y aunque estuviéramos dando nuestras dos horas de clase, la de turno tenía que levantarse e ir a recoger la tinta que había caído y recuerdo que aquellas niñas al llegar nosotras con aquella pinta, se reían de nosotras.

Entre las ricas y las pobres no nos conocíamos, yo las recuerdo a todas igual. Y de las monjas había algunas bastante humanas, pero había otras que con nosotras se portaban muy mal. Además encuentro un abuso que cuando pasaban las monjas teníamos que hacerles una reverencia. Nos poníamos en pie firmes, igual que los soldados.

Entré a los 11 años y salía al cabo de cuatro de estar todo el día allí metidas. A lo mejor nos dejaban salir un par de veces al año a la calle.

Las que tenían padres podían salir con ellos, pero las que no teníamos no. A lo mejor venían mis hermanas a verme y salíamos un rato a la sala.

Dábamos las clases en nuestro comedor. Venía una monja y nos enseñaba a leer y a escribir. Recuerdo que nos trataba bien, pero a la que decía que quería ser monja le enseñaba más que a las demás. Pero también nos castigaban inúltimemente, daban notas semanales y a la que tenía una nota buena le daban un regalo, y a la que tenía muy mala nota la regañaban y la monja se enfurecía.

Entre nosotras nos llevábamos bien, pero algunas que creían que venían a estudiar, al cabo de unos pocos días de estar, se iban. Siempre había un grupo de dos o tres chicas que éramos más amigas y siempre nos juntábamos las mismas.

A los 14 años me salí porque se casó mi hermana, ya que la señora para la que trabajaba le dijo que, para casarse ella, tenía que salir yo e irme a su casa a servir. Así que salí y estuve sirviendo con ella hasta los 20 años.

**Engracia:** La mujer que llega aquí y tiene que espabilarse desde cero, mira, lo pasa muy mal. Y en las condiciones en que yo vine lo pasa peor todavía, porque yo vine aquí el año 50, con marido y cinco hijos, y a mis 47 años que tenía, volver a empezar una vida nueva no era fácil. Por una parte porque había que colocar a los niños, que el mayor tenía ya 14 años, buscarles escuela. Todo me parecía nuevo: la forma de comprar, la forma de hacer la comida, la forma de curar. En mi pueblo, por ejemplo, Casavieja, de Avila, yo me conocía muy bien las hierbas que curan y cómo hay que emplearlas. Y en los partos yo era muy práctica: cuando las vecinas iban a dar a luz, me llamaban. Allí todo aquello ha desaparecido y parece que uno no sirva más que para pagar y pagar. Allí en el pueblo nosotras estábamos, no digo bien, pero íbamos tirando con lo nuestro. Teníamos una vaca, gallinas para los huevos y conejos. Comíamos de lo nuestro. Aquí no se puede tener todo esto, y a pagar y pagar todo. Cuando llevas unos años aquí y se puede tener un buen empleo, pues esto tendrá un pase; pero cuando vienes como nos vinimos nosotros, con cinco hijos, echas en falta lo que allí tenías: que salías a la puerta y recogías los huevos del día para la comida, o que por la tarde ibas a la cuadra y recogías la leche del día.

**Nieves:** Pues a mi me ocurrió lo mismo, pero por otras cosas. Fíjese si estábamos atrasados en Cáceres, yo soy de Jarandilla, que yo planchaba con una

plancha de carbón y al llegar aquí no entendía ni las planchas ni la luz ni la nevera. Aquello era un atraso...

**Agueda:** Hemos vivido momentos bien duros desde la llegada. Ahora, después de haberlos pasado, se puede pensar en ellos con más tranquilidad. Muchos ya nos hemos acostumbrado. Pero ha habido algunos que no se han podido adaptar. Por ejemplo, mi misma hermana que se ha quedado muy llorona y timidorra. Hace algunos meses fuimos con los de aquí del barrio, a pasar un día fuera, en el campo y en todo el santo día no abrió la boca, porque los cree a los demás superiores. No baja ni siquiera a las fiestas, ni a la Verbena de San Juan. «No, no voy, porque allí me siento sola», dice. Y así se aísla por la timidez que lleva encima. Gente como ella hay muchísima en el barrio, que no son reacios, pero que están cohibidos.

Me acuerdo del padre de una amiga, que iba yo a veces a visitarlo a su casa. Este señor no consiguió nunca aclimatarse. Todo lo de aquí era un mundo extraño para él. Lo suyo era el pueblo. Salía de su cuarto, se iba al balcón, se volvía a meter, paseaba un poco. «¿Por qué no se está usted aquí?» «Que no, que no», y continuaba como un bicho en una jaula. Hace cuatro o cinco años que murió y nunca logró aclimatarse.

**Ruiz:** A mí no me costó mucho, pero Rosa, mi mujer, tardó mucho en adaptarse y lo mismo mi hija.

**Rosa:** ¡Lo que era mi partido comunista aquí y lo que era allí en Córdoba! Yo me decía: «Si éstos no son comunistas, de verdad» además, yo veía ciertas libertades en el trato que no me gustaban. Allí un comunista lo es de pies a cabeza en particular y en público y si uno se porta mal con su mujer o algo, los demás del partido le avisan o le echan. Se les obliga a que den ejemplo. Eran costumbres tan distintas a las de allí...

**Ruiz:** Si yo las dejaba por la mañana llorando y las encontraba lo mismo a la vuelta. Rosa llorando y Carmeluchi, mi hija, también Dios mío, aquello no podía ser.

**Carmeluchi:** Cuando vino mi padre de Francia, yo estaba en Lloret rabando porque se pasaron los cuatro meses, tras los cuales volveríamos a Andalucía. Pero me dijo que nos quedábamos en Barcelona. Y ¡que llorina! El intentaba convencer a su modo: «Pero, hija mía, ¿vamos a ir allí a morirnos de hambre, cogiendo algodón?» Y yo: «Pues sí, al algodón o lo que sea»

**Rosa:** ¡Aquello, era tan honrao aquello! Yo dejaba allí a mis hijas hasta la hora que fuera y tan tranquila. No me inquietaba por ellas. ¿Problemas económicos? al principio sólo. Por lo demás, allá tampoco pasamos necesidades. Apuros, como cualquier trabajador, porque Antonio siempre trabajó. Y si te faltaba, todo el pueblo se volcaba a ayudarte. ¡Que armonía!

**Ruiz:** Recuerdo que volviendo yo un año de Francia, al entrar en mi calle estrechuca —veinte casas, la mía en el medio— tardé cuatro horas en entrar en casa, pues todos me estaban recibiendo e invitándome.

**Miguel:** ¡Lo que nos costó a nosotros adaptarnos a esto! sobre todo a mi mujer. Porque ella no había salido nunca de casa, y todo esto nos parecía tan

raro... Pero sobre todo porque no conocíamos a nadie. yo me iba al trabajo y ella se quedaba sola en casa, y no podía, recién casada, disfrutar de una nueva vida. Ninguno de los dos disfrutábamos de la nueva vida.

Luego ya empezó en casa a hacer pantalones porque es pantalonera, y poco a poco nos fuimos acostumbrando. Hoy ya tenemos más amistades que allí y lo llevamos mejor.

**Mas:** Nosotros, mirando desde ahora, estamos orgullosos: porque hemos tenido que dejar lo poco o lo mucho que tenemos en el pueblo y tuvimos que comenzar desde cero. Paqui llegó a los dieciocho años y se puso a servir. Yo estuve en el pueblo, como quien dice, hasta los treinta y pico años y luego aquí, en Barcelona, viviendo de patrona, sacando dinero con clases particulares, yendo de un sitio a otro.

Estamos orgullosos, porque desde cero hemos llegado a conseguir un puesto de trabajo, levantar un piso que se ha pagado a precio de oro y tirar adelante con la familia. Todo ello logrado a base de mucho sí señor y no señor, y de muchas imposiciones. Que todo esto no se nos ha venido por las buenas. Al menos en el caso de Paqui y mío, ha sido a base de muchos apuros y ahora aquí nos sentimos en algo nuestro.

**Matilde:** Aun estando con mi tía aquí en Barcelona, ¡lo que me costó!. Todo era diferente. Yo había estado con el ganado allí en La Campana, en Sevilla. Allí estaba el día sola con el ganado, de acuerdo. Pero aquí, con tanta gente por la calle, me sentía más sola que allí. Le tenía verdadero terror y todavía le sigo teniendo, al metro. Porque va por debajo, por lo oscuro, por la cantidad de gente. Aquí vas por la calle y parece que todo el mundo vaya alocado corriendo de una parte a la otra.

**Avelino:** Una de las cosas que más me costo al llegar aquí a la capital fue acostumbrarme a cerrar la boca y no decir nada a nadie. Porque yo tenía la costumbre del pueblo: «Adiós, buenos días», «Vaya usted con Dios», «Buen día»... y el otro te contestaba y aquí esto no existe, porque nadie se conoce. Aquí vas por el metro y no hablas con nadie, o vas por la calle aislado, aunque estés con mucha gente, y hasta lo del saludo se te borra... Yo ése fue el primer cambio que noté.

**Antonio:** Pues yo soy un romántico y a veces me he levantado ¿qué sé yo? alegre, y salgo a la calle y le digo a todo el mundo «adiós» y «buenos días», como lo decía en el pueblo, aunque yo fuera pobre.

Incluso en el mismo Barcelona, saliendo de la puerta del metro, yo le he dicho «adiós» y «buenos días» a todos los que pasaban. Y veo que algunos me contestan «adiós» por quitárseme de encima; otros, que veo que piensan «éste está loco», y no comprenden que yo aquel día tengo alegría y la quiero compartir con todos y tener su amistad. Yo, al menos, así lo veo.

Y es que yo quiero que la gente se interese por los demás, o sea, que no quede nadie marginado o encerrado en su castillo, que es lo que suele suceder

en estas grandes ciudades. A mí me ha tocado hacer remiendos en muchas casas y he visto algunas familias catalanas muy cerradas y que no ven más allá de sus narices y les he tenido que decir:

— Mire usted señora, lo que a mí me falta, por encima de su dinero, es que usted me diga «adiós» o «buenos días». Eso lo necesito yo de usted y de todo el mundo, y que me lo diga también cuando pase por la calle junto a mí.

**José:** La verdad es que se vive mejor en el pueblo. Yo me vine por necesidad, y yo pienso que, si hicieran una reforma agraria como es debido, muchos nos volveríamos a nuestra tierra. A mí la ciudad no me atrae, creo que vivir en una población pequeña es mejor. Aquí no nos comunicamos, estamos aislados y estos pisos parecen nichos y estos barrios parece que estén hechos para que la gente no se conozca, ni siquiera los del mismo bloque.

Por ejemplo, lo que me ocurrió en Berga un día, después que ya me acostumbré por desgracia a este ambiente de la ciudad. Iba una mañana al trabajo, y venía una señora barriendo la puerta de la calle. Ella me dio los buenos días, según se hace en la vida de un pueblo, y yo no le contesté siquiera por falta de costumbre. Y sólo me di cuenta al cabo de un rato de lo que yo había cambiado.

En cambio, otro día estuve en un barrio de Mataró que me gustó. Son pequeñas viviendas de dos o tres pisos al máximo y la gente se sienta en la calle tomando el fresco y hablando, una vecina con la otra, en un ambiente de otro tipo de convivencia. Es un estilo de vida más como de pueblo.

**Avelino:** Por eso alquilé yo ahora una huerta, porque me añoro de aquello, de verdad. Me añoro de lo que nos hemos criado, de lo natural del campo... y me añoro del tomate, me gustaba el pimiento, cultivar el melón o la patata o el ajo, y todas aquellas cosas que tanto quería yo. En cuando al olivo ya es diferente, porque sólo tienes que excavarlo y podarlo una vez al año y en el invierno comer el fruto. Pero en la huerta tienes que estar continuamente regando, cultivando, cavando, sembrando... Yo sentí tantísimo el dejarla, que cuando he venido aquí he ido mirando y mirando y he soñado siempre con tener algo para sembrar y para comerlo yo en casa.

Algunos me dice: «Y tu siendo comunista ¿tienes una torre?» «Pues una torre sin campana», les digo yo, porque no hay tierra ni hay nada, más que un pedazo de tierra en medio de humos por el que pago un alquiler, y es que sin él no sabría vivir.

Y me han gustado también tanto los animales, que tengo montado aquí mismo en el piso un gallinero y unos conejos. Yo he criado los pollos, que ya se están terminando, y ya han empezado a cantar, y por no molestar a los vecinos, porque yo no quiero molestar, hasta incluso he empezado a matarlos. Y hasta que no me he decidido me ha costado lo mío, porque antes les ponía una anilla en el pico para que no pudieran molestar... Pero, claro, así no podían vivir los pobres. Porque a mí me gusta lo natural... Y de la conejas ¡ya tengo tres!

Todo esto es para tener y comer cosas naturales. Lo malo es que a mi familia esto natural ya no le gusta. La juventud se ha criado así y se conforman con vivir esa vida moderna y artificial. ¡Cómo me duele a mí ver que a mis

hijos no les gusta ya el aceite de oliva porque dicen que huele! Y cuando llega el invierno y venden esos conejos de monte, no les gustan, porque dicen que «huelen a monte, huelen a esto, huelen...». Y no les gustan mis pollos, porque dicen que huelen a pollo, o porque les da pena matarlos. «Pero, —les digo yo—, ¿no disfrutáis del cerdo, que también lo han matado?» Con la ilusión mía de la matanza del cerdo, cuando era joven, y ellos no saben qué es. Además, les digo yo: «Así como en los países capitalistas los obreros estamos al servicio y engordamos al capital, pues los animales —y esto es cosa religiosa que Dios dijo a los hombres—, los animales están al servicio y para engordar al hombre ¿no?»

**Rafael:** Cambia mucho el estilo de la gente de aquí a allá. Así en las fiestas del pueblo la gente no se acuesta en toda la noche, yendo de copeo a casa de unos y otros. Mientras que aquí, por ejemplo, en la escalera, aunque no estamos disgustados con nadie, no hay costumbre de visitarse; y parece que ir a a casa del vecino sea ir a molestar. Eso allí no pasa. Mira, aquí sobra mucha gente. Ha habido un crecimiento muy grande y hay demasiada gente. Tanta que habrá que quitar las fábricas de aquí, ponerlas en otro sitio y la gente que se vaya repartiendo. Está toda la gente nerviosa, todo el mundo corriendo de un lado para otro, no sé.

**Florentino:** Nosotros nos vinimos de Almoharín cuando yo tenía 7 años, y de estar recogiendo los cagajones aquellos del pueblo o de ir a espigar, al llegar aquí estuve dos o tres años sin hacer nada, ni trabajar ni ir a la escuela. A los 9 o 10 años me pusieron en una escuela que había aquí en la calle Andorra. Pagábamos un duro a la semana. Recuerdo que la maestra era una buena persona, pero ya muy vieja. Nos traía leche en polvo y queso americano de aquél salado. Sra. Mercè se llamaba.

Yo había estado año o año y medio en la escuela del pueblo; luego, al llegar aquí, he seguido yendo, aunque a intervalos. Sobre todo por las noches, porque al poco tiempo de estar con la Sra. Mercè, que no tenía todavía los 11 años cumplidos, ya empecé a trabajar en la fábrica del vidrio, y así ganábamos para poder pagar la escuela.

Nos levantábamos a las cuatro de la mañana, porque a las cinco menos cuarto entrábamos en la fábrica de vidrio. *Plegábamos* a las dos, y después, por la tarde a la escuela. Volvíamos de la escuela y te ponías a cenar.

Pero eso era otra barbaridad, porque vivíamos con mi tío y con mis primos y el piso era estrecho, no daba para tantos. Mis primos, que eran entonces críos pequeños, estaban berreando hasta las 12 de la noche y no podías entrar a dormir hasta la una de la madrugada pasadas, y a las cuatro te tenías que levantar... Pasé una temporada larga en la fábrica del vidrio y luego me metí de aprendiz de barbero en la barbería que hay enfrente del Ayuntamiento; allí, allí estuve. Pero volví otra vez al vidrio, que era donde estaba mi hermano... A mi hermano le gustaba lo del vidrio, y además él es más formal que yo para estas cosas. De allí pasé a trabajar en un taller de planchistería, en la Remonta, pero la fábrica se fue a pique y nos echaron a todos y yo encontré de nuevo trabajo en Sant Just, de metalurgia.

Yo, viendo todos los problemas que veo, creo ahora que mi padre era bueno, pero muy severo, y yo le estoy agradecido ahora, aunque quizá aquello yo no lo haría. Nos quería llevar como un arbolito que crece derecho, que tiene que crecer recto lo quieras o no lo quieras. Eso en los pueblos pasa mucho: el padre coge el cinto en la mano, y los hijos tienen que llevar de obligado ese camino. Nosotros no podíamos ir a la playa porque a mi padre no le gustaba que fuéramos; no podíamos jugar a pelota porque no lo quería. Hasta recuerdo que un día fue mi padre a la empresa y le dijeron que a mi me gustaba jugar. ¡Coño! claro, como crio que era. Y mi padre hasta les autorizó para que me dieran alguna guantá, si hacía falta, cosa que yo no autorizo hoy a ningún empresario, ni a ningún operario que tenga a mis hijos. Y no lo digo por criticar, porque he dicho que era muy buena persona, sino para que se vea la mentalidad que tenían antes. Pero es que ni hacía falta que lo autorizara, porque aquellos ya me daban las guantás por su propia cuenta, y sólo faltaba que les dijera eso. Un día, por estar discutiendo de fútbol, un operario de unos 35 o 40 años, se ensañó conmigo a darme guantás allí y me puso un ojo morao. Pues yo tuve que darle la razón a mi padre de que me había caído y se me había puesto por eso el ojo así, por no decirle que me había pegado un operario.

Yo les estoy agradecido a mis padres porque por un lado me han hecho ver que ellos se mataban para que a nosotros no nos faltara de comer. Nosotros estábamos muy hermosos en el pueblo, gorditos todos a pesar de vivir en la miseria. Si tu quieres nos tirábamos meses enteros comiendo bellotas cocidas y a media tarde un tomate y un trozo de pan, y basta, a dormir. Eso no nos faltó. Pero les estoy agradecido por otro lado, porque ellos ya sabían demasiado que estudios a nosotros no nos podían dar, ya comprendería eso muy claro. Entonces, lo que nos introdujo mi padre en la mente es el trabajo: «si trabajáis, sacaréis un provecho para la vida». Yo tendía a ser bastante cuentista en eso del trabajo y si hubiera nacido hijo de rico ahora sería un golfante. Pero mi padre no se cansaba: «Mira que tienes que tener seriedad», «mira que ten formalidad», «mira que el trabajo no es para jugar». Y así llegó un momento en que el trabajo me empezó a gustar. Consiguió introducirnos el trabajo en la mente: bastante sabía él que nosotros no podíamos sacar dinero de otro sitio más que de nuestro trabajo. Y además creo que es por eso que se encontró enseguida a gusto aquí en Catalunya. Más de una vez le hemos oído decir: «¡Que más quisiéramos nosotros que ser como los catalanes!. La formalidad que tienen, las ganas que tienen de saber más, el saber administrar el sueldo sin malgastarlo». Todo eso él lo admira, y no como ocurre con los andaluces que ganan el jornal y luego les importa tres pepinos gastárselo en el bar. En casa es por esa razón que nunca se ha oído hablar mal de los catalanes, ¡nunca!

**Agueda:** A Floren le conocí a los tres años de estar aquí; y después de conocerlo, entonces, no sé, ya es otra cosa, ya tienes otra ilusión, te sientes más acompañada. Los tres años que yo pasé, tan aislada, supongo que los pasaré todo el mundo, pero aunque te entiendas con la gente, porque te toca espabilarle, hay muchos problemas, y la soledad no hay quien la cure. Yo era muy desconfiada, claro ¿cómo no iba a serlo?. No conocía a nadie, iba siempre con miedo.

Nos conocimos por casualidad, porque al estar sirviendo tienes una atadura y tienes unas horas para salir; pues en estas horas libres, mi hermana, otra chavala y yo nos veníamos a bailar en el Casino, y a mi tía, que vive en la

Bordeta, le decíamos: «Vamos al cine Gayarre, o vamos al cine Arenas». Y nada, veíamos las carteleras, nos estudiábamos el paisaje, nos veníamos a bailar aquí y luego por la noche le explicábamos la película, como si la hubiéramos estado viendo.

Pues aquí conocimos a la pandilla con que iba Floren, y lo gracioso es que a Floren le gustaba mucho bailar con mi hermana y a mi hermana también. Yo era muy sosona. Parece que mi hermana se había hecho unas pocas ilusiones con él. Y es que venía una prima mía que era un poco mayor y siempre le decía a mi tía que si la Antonia baila con un chico serio, que si para aquí, que si para allá...

Y él venga decirme: «¿Por qué no te traes a tu madre? ¿Por qué no te traes a tu madre?» Así que liamos los bártulos y alquilamos una habitación aquí en la Miranda y nos trajimos a mi madre y a mi hermana. Mi otra hermana y los otros dos hermanos ya estaban aquí.

**Eloísa:** José y yo nos conocimos por mediación de un amigo de él. Yo salía con una chica de Soria y su hermano era compañero de trabajo de él. O sea, que ha sido por mediación de paisanos.

**José:** Y ya nada más casarnos, el mismo día ya nos vinimos aquí, a este piso, que lo tenemos comprado. Y ahora, ya tenemos dos niños, y con Eloísa, gracias a Dios, vamos de acuerdo tanto en lo de los niños, como respecto a las luchas... Y mi padre también, aunque es viejo, comprende esas cosas. Lo que pasa es que está allá en Extremadura y no puede alcanzarlo todo.

**Asun:** La verdad que todo lo de mi encuentro y conocimiento con Damián fue bien curioso. Porque él trabajaba frente a mi casa y yo pasaba cada día delante de él, pero nunca me había fijado en quien era. Pero él sí se había fijado en mí. Había un grupo de chicos del barrio que, cuando me veían, siempre decían: «Mira, mira por dónde viene; si estuviera aquí Damián» Y yo pensaba: «¡Ay! ¿Quién será ese Damián?...» Y un día, bajaba yo por la calle Massini, y se ponen dos chicos a mi lado, y le dice el uno al otro: «Mira ¿tú ves a esa chica? Pues hicimos una apuesta con Damián a que en dos meses salía con ella. El decía que en dos semanas y yo le he dado dos meses, pero ni aun así lo va a conseguir».

A mi aquello me empezó a intrigar. Al cabo de un tiempo empieza Damián a ponerse a mi lado, y «Hola, buenos días» y «Hola, buenas noches», y se ponía a mi lado y no me decía nada más. Y cuando empezamos a hablar, que no sé cómo empezamos, me dijo que se llamaba Damián, que trabajaba enfrente, y yo pensé: «Toma, el de la apuesta» Y entonces digo: «Ahora querrá salir conmigo por la apuesta» Pero, resulta que aquello siguió y nos hemos casado.

**Pastora:** «Quería conocer a algún chico, porque me sentía entonces sola. pero me daba miedo, con tanto que te han metido en la cabeza de desgracias, pues no quería sufrir fracasos ni decepciones en la vida.

Nosotras teníamos los jueves y los domingos por la tarde fiesta. El jueves era el día de las chachas, o de las *minyones*, como se dice aquí. Salíamos en grupo tres o cuatro chicas al baile, y en un baile de éstos conocí a mi marido.

Cuando comenzamos a juntarnos los dos, íbamos a muy pocas diversiones, porque trabajaba toda la semana. Así que sólo salíamos los domingos y ya está. Estuvimos tres años de relaciones. El vivía en casa de una hermana y había salido del pueblo hacía un año y no se sentía aún muy bien en Barcelona.

**Leonor:** Desde que vine a los quince años trabajé en la misma casa donde estuve cuando llegué por primera vez y de allí salí ya para casarme con Primitivo. A Primitivo le conocí en un parque un día que iba paseando con mi hermana, (estábamos con mucha sed porque era agosto), y nos invitó a una Coca-Cola. Era un jueves por la tarde, el día que las criadas teníamos vacación. Como mi hermana también servía y ninguna de las dos conocíamos a nadie nos encontrábamos para salir juntas. Yo tenía entonces diecinueve años y para los veintiuno me casé. Primitivo me cayó enseguida bien. Yo creo que influyó el que él también es de Zaragoza. Y con lo solas que estábamos, encontrarte a uno de tu tierra te gusta. Además, aragoneses aquí hay muy pocos. Los señores de la casa me querían mucho y mi novio venía a verme como si fuese a la casa de mis padres. Cuando me casé ellos me regalaron muchas cosas como si fuese su hija. Ahora están viejos y todavía los veo alguna vez y siguen siendo igual de buenos conmigo.

**Alejandro:** Al llegar a Barcelona, me puse de *mestressa* o de patrona en una pensión aquí en Hospitalet. Y por casualidad en la misma escalera vivía Lola, la hermana de María, que luego sería mi cuñada; de ahí vino el que nos conociéramos.

Porque tuve un día la mala suerte de resbalarme por la escalera con algo que había en el suelo y fui a pegar con la rodilla y se me rompió el menisco. Me trajeron aquí a la Rambla de l'Hospitalet a la clínica del Doctor Gajo. Y aquí me tiré tres meses con la pierna colgada y todo esto que ponen y sin poder moverme. Pero él, que es un matasanos que no sé ni cómo no me perdió la rodilla, venga decirme que no era nada. Me dio el alta, pero iba cada vez peor. Me fui a otro para que me hiciera unas radiografías y quedó espantado al ver cómo lo tenía, y con las radiografías tuvo el mismo Doctor Gajo que volver a romperme la pierna, a enyesármela y apañármela.

**María:** Y fue entonces cuando nos conocimos. Porque yo vine por mi hermana que estaba para dar a luz, y en la clínica nos conocimos y yo le daba ánimos en todo lo posible. Pero ocurrió que, cuando ya estaba con la pierna medio bien y ya llevaba veinte días trabajando, nos decidimos a ir a Montserrat para darle gracias a la Virgen. Todo fue muy bien, pero a la vuelta, en el carrilet, que venía atestado de gente, se pusieron unos que venían bien mareados a discutir delante de nosotros y uno de aquellos llevaba un bastón de aquellos que venden de recuerdo que terminan con una punta de hierro por debajo, colgado del brazo:

**Alejandro:** Y yo le dije: «Tenga cuidado, por favor, que la rodilla la tengo un poco delicada». Pues bastó con haberle dicho aquello que me sacude el estacazo en la misma rodilla, que se me quedó el bastón allí metido. Pegué un salto y quedé allí mismo sin sentido. Tuvieron que parar el tren, llamar a una ambulancia y de allí me llevaron a Sant Boi, y de Sant Boi al clínico. Pero

con tal mala suerte —no sé si estaría sudado o qué— que por el camino y en la ambulancia agarré una pulmonía. En total, siete meses.

**María:** Yo me quedé todavía unos días aquí, pero al fin tuve que irme otra vez al pueblo y me iba dando cuenta de los contrastes: allí tienen campo, tienen sus cosas. Mi hermana Pepa lleva un año con el marido parado, pero siguen comiendo —o bien por el bordado, o bien por la suegra que los ayuda, o bien la siembra o lo que recogen—, pero aquí ¿qué hacemos un año parados?. Yo tuve que espabilarme pronto: trabajando en el Cotelengo de Sevilla, con unas monjas en San Sebastián, en el asilo de la Divina Providencia. Y en estos sitios enterrando la flor de todo lo bueno de mi juventud sin tiempo para aprender.

**Alejandro:** Pero enseguida que se fue, ya empecé a escribirle y ya por carta empezamos a hacer las cosas de veras.

**María:** Estaba yo todavía en el autobús del viaje de vuelta y había ya carta en mi pueblo diciéndome que por qué motivo yo no le escribía. Cuando llegué allí me encontré con unas cartas. Si es que antes de salir yo de aquí ya había carta en mi pueblo.

**Alejandro:** Sí, sí, todos los días, todos los días...

**María:** Una vez que yo me despedía, nos despedíamos para vernos ya, ya al otro día la carta, cuatro o cinco cartas más.

**Alejandro:** Porque en Semana Santa fui a verla, al año de irse de aquí; es decir, que se fue y yo seguía escribiéndole. De novios se puede decir que nada más hemos estado tres días. El resto fue por carta, pero de novios viéndonos, sólo tres días.

**María:** Nos vimos en Madrid. Yo iba allí por la operación de mi hermano. Y él iba con la idea de encontrar trabajo y quedarse allí. Yo estaba con mi hermano, y los días que podía iba a verle.

**Alejandro:** Sí. Estuve en una empresa en Madrid, y caí de pie, caí bien. Me colocaron allí para contar las matrículas de los camiones, nada más, y a los cuatro días ya me dijeron: «Te pones de ayudante con unas máquinas». Y me puse. Y el maquinista me decía: «Coge la máquina», y yo la cogía. Y a los dos meses trajeron una máquina hidráulica especial con mandos comprimidos. Ningún maquinista, ni de primera ni de tercera, ni de ninguna clase era capaz de llevarla. Entonces el encargado general me dijo que probara yo. Y así es que me decidí a jugármelas todas, y probé. La cogí y al día siguiente sacaba más tierra que entre cinco máquinas juntas, y ellos mismos me sacaron el carnet de maquinista, porque les interesaba. Por eso digo, que si yo hubiera tenido oportunidades...

Y aprovechamos aquellos días en Madrid para que fuera ella a conocer a mi familia, en la boda de mi hermana. Y ya empezamos a hablar de los papeles y a arreglarlos, yo en Madrid y ella en Sevilla, desde que se fue.

**María:** Yo decía: «yo no me caso», porque con la vida entre tantos curas y monjas ya pensaba que esto no era para mí. Pero el cura de allí me animaba: «Por Dios, criatura ¡con lo mucho que te quiere este muchacho!. Este muchacho ha pasado muchas penas; además, tiene madrastra».

Y así que ya lo decidimos, y nos casamos en Sevilla, en la misma Catedral, con el Cardenal y todo. Sí, sí, tengo las fotos. Es que mi familia ha estado siempre pegada a los curas. Por cierto que el Bueno Monreal ese, o el Cardenal, como le llamen, después de la boda viene y me dice: «Y tu, María, con lo que prometías y podías haber sido, mira que casarte con un obrero...»

**Alejandro:** ¡Un tiro!. A mí aquello me sentó como un tiro.

**María:** Y ya casados nos volvimos para quedarnos en Madrid. Allí quedé de la Carmen y tuvimos nuestro primer hijo.

**Alejandro:** Pero el cura de Cazalla, Don Leonardo, nos había dicho: «Veniros para acá, para el pueblo. Te voy a colocar a tí en una obra y a María en un colegio y vais a vivir bien, porque no pagaréis ni luz, ni agua, ni nada, y además tu vas a tener un sueldo bueno». Así que pedí la cuenta en Madrid, donde estaba, para irme al pueblo de ella, que yo no conocía. Por cierto no voy a encontrar una empresa como aquella de Madrid nunca más. ¡Mira que me querían allí!

Bueno, pues para allá, a comenzar de nuevo. Pero a los tres meses me viene el cura y me dice: «Mira que las cosas se ponen mal, que te vas a tener que buscar faena, que yo no puedo darte más». ¿Qué podía hacer yo?. Me había traído ya los muebles, me había traído todo, y estaba en un pueblo extraño donde no conocía a nadie y donde me sentía forastero. ¿Cómo me las podía apañar entonces?

El cura tenía un primo suyo alquilado, como yo. Con la diferencia de que a él le daban siete mil pesetas todas las semanas, y a mí doce mil al mes. Un día me puse a discutir con la hermana del cura referente a esto: «A mí no me podéis pagar y estáis tratando de que me vaya, después de dejar el empleo que tenía. Y eso que me tiro muchas veces hasta las cinco de la mañana vigilando a los niños y las cosas que tenéis ahí, que después ya casi ni puedo dormir; y a él, que viene a las 8, da una vuelta y se va y ya se ha tirado seis días para poner seis *rajoles* que yo las pongo en seis minutos, a ese sí que le podéis pagar y están bien visto...»

Aquello les sentó mal, y ya querían despacharme. Total, que a los dos o tres días, estaba yo de espaldas levantando una pared, y me pareció como si el cielo se me viniera encima: alguien me sacudió y me rajaron la cabeza. Quedé sin sentido para mucho tiempo. Y digo alguien, porque todavía no se ha averiguado quién fue.

**María:** Estuvo diecisiete días entre la vida y la muerte en los cuidados intensivos de Sevilla, metido en un tubo de aquellos, sin conocimiento ninguno. No recobraba la memoria.

Y el cura ese dijo que no pudiéramos una perra, que ya íbamos a ver lo que había sido... y era para que se fuera sin cobrar nada y no tener denuncia ninguna. Parece como si el año pasado ya lo hubieran descubierto.. ¡pero ya!. Ya tendría yo ganas ahora de ver el cura y a todos.

**Alejandro:** Cuando estuve bueno, fui para despedirme de allí, con ganas ya de jugármelas todas con ellos. Pero me encontré con el otro cura que se llamaba Francisco que era bueno y apoyaba al obrero. El me dijo: «¿No te das cuenta tú de que este tío te está quitando el pellejo y tú ya tienes tu casa y tienes que darle de comer a tu mujer y tu hija? ¿No ves que tienes que sacarte las castañas tú mismo, y no dejarte engañar por ningún sinvergüenza? Venga, tirando para Barcelona, que aquello ya te lo conoces». Y me dio el billete. ¡Cuanto se lo he agradecido yo a este hombre! Por cierto, que también él ha tenido que marcharse del pueblo por el Don Leonardo.

Y me vine de nuevo a Barcelona dejando a María y a la niña en el pueblo, y otra vez de patrona y buscando faena. Allí, en la patrona, en la calle Móstoles, me pasó lo del coche. Que salgo un día corriendo para coger el autobús, y un coche ¡zas!, se me echa encima. No tuve yo más tiempo que poner las

manos encima del coche, pero me caí al suelo. Mira, la rueda se me quedó pegando al ladito mismo del cuerpo, pero sin apretarme ni nada. ¡El susto que me pegué!

Pero yo me sentía solo y ya no podía vivir sin ellas, y a los dos meses les dije que se vinieran.

**María:** Vienes aquí después de tener mucha sujeción en el pueblo. Entonces la vida se hace más suelta y cada uno puede ir mejor a su aire. Y aunque es verdad que algunos aquí han subido de escala, también ha habido muchas desgracias, padres que han sufrido con los hijos y mujeres con los maridos.

Porque al venir aquí se produce mucho engaño, mucha desorientación, sobre todo entre los más jóvenes. Pero es que ¿acaso saben lo que quieren en una ciudad como ésta?. Sin orientación como están, pues no faltan gentes sueltas o vagos de la calle que les atraen y les provocan y como no conocen la malicia de este nuevo ambiente se echan a perder. Esto es terrible para los padres o los hermanos mayores que a veces se encuentran con que los jóvenes se han hecho delincuentes o que se ríen del trabajo y de las normas.

**Leonor:** Eso es lo que pasó con mis hermanos, por si no hubiera bastantes desgracias en la familia. Las hembras, bien, yo creo que las chicas hemos salido normal. Pero los machos han salido ranas, y la que está llevando todo encima es mi madre.

Cuando yo me vine aquí, al poco tiempo mi hermano mayor se fue a la mili, y al terminar la mili se vino de nuevo para acá. Apenas si nos veíamos, porque yo estaba sirviendo y él durante un año o año y medio estubo viviendo con una prima mía. Trabajaba en la construcción y le iba muy bien, pero tuvo un accidente de moto y después del accidente empezó a frecuentar mucho eso de los galgos del canódromo de la plaza España, donde se ve que está metida toda la malicia de Barcelona, pandillas de chorizos y maricas. Allí se enredó con cuatro despistados de éstos, maleantes, empezó a vivir en una pensión y no sabíamos nada de él, y lo enredaron entre todos, vete a saber. Hasta que el día de San Pedro nos avisaron que un marica de éstos lo había matado, que lo encontraron muerto el día de San Juan y fue cuando salió en los periódicos. Lo liquidaron. Mi madre había llegado del pueblo hacía unos cuatro meses.

Parece que se dedicaban a coger a un marica que parecía tener pelas, se enrollaban con él y le llevaban a un sitio donde estaban los otros esperándole para sacarle el dinero. Por lo visto, mi hermano se lió con uno que era un escritor argentino y se lo llevó a Calella a una torrecilla que él tenía allí, y allí le amenazó que le diera la pasta. Como por avaricia mi hermano no quiso actuar en un complot, se ve que el marica, en un momento en que mi hermano estaba desprevenido, agarró un martillo y le arreó un martillazo en la cabeza hasta rematarlo. Luego se lo llevó e intentó quemarlo, pero, como olía, lo lanzó en un terraplén y a la mañana siguiente, el día de San Juan, lo vieron unos que pasaban con motocicleta.

El caso es que la policía avisó a mi tía de Hostafrancs, porque había estado cogido antes en una redada cuando vivía en casa de mi tía, y ella pagó la multa y de aquella vez quedó fichado. Si no hubiera sido por eso, la policía no hubiera sabido a quién avisar, porque el tío aquel intentó deshacerse de él y quemarlo entero. Dieron con el culpable y le metieron doce años, pero a los cinco ya estaba fuera y ahora vive mejor que yo.

Un ignorante, eso era mi hermano. Un ignorante venido del pueblo, eso es lo que era. ¿Qué iba a ser el pobre?. Un ignorante y un vivales.

**Primitivo:** Nosotros desde que nos casamos, fuimos felices y seguimos siendo felices, a pesar de las calamidades que pasamos por lo del piso, viviendo en una barraca pequeña con tanta gente como estábamos. Por mucha confianza que haya, recién casados es un embarazo. Además, ella ya estaba de la Toñi.

**Leonor:** Pero al mes de pasar esto de mi hermano, mi madre, que desde entonces ha ido siempre con la cabeza *atabalá* por lo del hijo, se cayó del tren. Iba cada día con el carrilet a trabajar a un bar de la Almeda en Cornellà, y el tren arrancó antes de que cerraran las puertas. Ella se cayó en el foso y se quedó metida en el túnel. Se tiró tres meses en el clínic, y la pierna le ha quedado hecha polvo.

**Primitivo:** Su madre, después que tuvo el accidente ese del tren, no estaba ni para moverse. Pues ocurrió aquello que se dice: que para todo hay que ir a Madrid. La mandaron a Madrid y allí tuvo que estar dando vueltas y vueltas durante tres o cuatro días de aquí para allá. Por lo de su accidente la indemnizaron 25.000 pesetas, y por lo de su hijo, le dieron en el juicio 150.000 pesetas. ¡Eso es todo! Hemos ido un montón de veces a Mataró, porque como el crimen ocurrió en Calella, el caso lo tienen en el Juzgado de Mataró, y siempre nos salen con lo mismo: el cuento de no sé qué del boletín de atestados. Del árbol caído todos quieren hacer leña.

Esa mujer, esa mujer, con lo que ha sufrido y con lo que está sufriendo, no tendría que estar viva, ella ha sido la más víctima porque lo ha pasado todo: primero su padre quemado en la mina, luego su marido de accidente, luego el hijo asesinado. Y para colmo de males le queda ese otro hijo, el gamberro ese que tiene alimentándolo allí en su casa, el sinvergüenza. ¡Que se muera de hambre ya!...

**Leonor:** Yo a mi hermano es que no quiero verlo ni pintao ¡el penco ese!. El caso es que yo tampoco le echo a él todas las culpas, porque las cosas no le han salido redondas, pero ha abusado. De pequeño se le rompió un brazo y se ve que no se lo arreglaron bien: el codo no se lo cogieron bien, le quedó un hueso al revés y el brazo sin fuerza. Y entre que él no es trabajador y el achaque ese del brazo, lo que se dio es que «entre todos lo juntaron y entre todos lo mataron». Ya de soltero era muy nervioso y tenía úlcera quizá heredada de mi padre, y a los 26 años tuvieron que operarle de perforación.

Se vino aquí hace unos once o doce años y vive con mi madre desde que se vino ella del pueblo. Ha trabajado en un montón de sitios. Primero en una imprenta, luego se dedicó a buscar una cosa mejor, y al no encontrarla estuvo de prestamista en prestamista; le pagaban cuatro perras y lo explotaban. Siempre así. El caso es que al final entró en un sitio, se cayó y se volvió a desgraciarse el codo. Ahora dice que lo van a operar otra vez, pero para mí que ese brazo ya no tiene remedio.

Pero él siempre de picos pardos, y si no fuera por mi madre que vive con él, se moriría de hambre.

Resultó que antes de ir a la mili salía con una chica, quizá buena chica, pero desgraciada. No tiene padre, y su madre está en Madrid, internada en un psiquiátrico, loca perdida. O sea, que de chiquitina ha estado por ahí rodando la pobre con una tía suya que la iba metiendo donde podía: en un hospicio, en un colegio. El caso es que lo que su tía quería era quitársela de encima. Al final, lo que hizo mi hermano fue decírselo a mi madre y traérsela a casa

para que viviera con nosotros. A mi madre le dio pena y la recogió. El único miedo que mi madre tenía era que pasara algo antes de que él se fuera a la mili, y no pasó; se fue a la mili y no había pasado nada. Pero una vez que vino de la mili, la liaron y ya pasó.

**Primitivo:** ¡Es que tiene miga la cosa!. Porque viene una noche el flamenco de él, y me dice:

— Primi, me parece que la Cecilia está embarazada —Y le dije:

— Bueno, pues tómatelo con calma. Cuando se está embarazá, tu me dirás lo que hacéis, ya me lo dirás...

A los pocos días, nos vemos otra vez, y le digo ¿qué?

— Nada, me contesta, le ha venido la regla y todo.

— Vale, pues, y procura que no te pase de verdad.

Pasó un mes y medio y me dijo:

— Ahora sí.

— Pues, ahora, jódete ¡coño! ¡por burro!

**Leonor:** El caso es que entonces vino y se casó. Y cuando acabó la mili ya tuvieron otro. Tienen tres ya: dos niñas y un niño. Su mujer vuelve y te dice: «He visto a tu hermano con una rubia por aquí»; y otro te dice: «He visto a tu hermano con una morena por allá» y no trabaja. Los alimenta mi madre que vive con ellos, que para poderlos mantener un poco tiene que trabajar ella, y él con sus cuentos chinos mandarinos ¡ahí me las traigan todas! Pues ¡que se muera de hambre el zopenco, sinvergüenza! A veces pienso de mis hermanos: «Si Dios no los hubiera mandado al mundo...» Pero lo que pasa es que ¡a ver! quieras que no, les tienes cariño.

**Petra:** Esta vida de ciudad pierde a mucha gente, porque no venimos preparados. Se dan muchas desadaptaciones, destrozos, desvíos... Yo creo que mi caso es de los más tristes. Mi marido era una persona que muchas chicas en el pueblo hubieran querido casarse con él. Pero desde hace tiempo no vale para nada. Ya es una porquería de hombre. De soltero y en los primeros tiempos de casado todavía era buena persona. Pero vino aquí a Barcelona y se destrozó.

Porque empezó a andar por ahí con mujeres, se dejó llevar de compañeros que había por aquí, que bebían de una manera por demás y no tenían respeto a nadie. El tampoco a mí me respetaba, porque yo no era para él nada, y a mí me hacía así con la mano y ya está; y yo no era nada y así acabó. Y por ahí empieza todo, luego empezó por ahí a meterse en malos sitios, a gastarse el dinero, se pasaba de juerga las noches. Y yo estaba embarazada del último niño, y él trabajaba ahí abajo en l'Hospitalet con un señor, con un triciclo. No tenía carnet de conducir ni nada, porque él ha ido a la academia y todo y pagó el carnet, pero no se lo ha sacado. Aprobó la práctica, pero la teoría le faltaba, y también le faltaba el dinero. Siempre le faltaba porque él iba cobrando por los sitios, pero luego se metía en el barrio chino, él y otros, y gastaban. Luego a mí me pedía dinero —por eso yo no tenía ya ni un céntimo ¡que coño iba a tener yo!— lo poco que me daba me lo pedía. Y yo trabajaba fiestas, trabajaba a todas horas, porque era más joven y podía más, pero nunca he tenido un céntimo, porque luego me decía que si yo no le daba el dinero él no iba a trabajar.

Yo pienso que todo esto en el pueblo no hubiera pasado y que son estas ciudades tan grandes las que pierden a muchas personas.